

Las personas del verbo (filosófico)

PENSAMIENTO HERDER

Dirigida por Manuel Cruz

TÍTULOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN

- Fina Birulés** Una herencia sin testamento: Hannah Arendt
Claude Lefort El arte de escribir y lo político
Helena Béjar Identidades inciertas: Zygmunt Bauman
Javier Echeverría Ciencia del bien y el mal
Antonio Valdecantos La moral como anomalía
Antonio Campillo El concepto de lo político en la sociedad global
Simona Forti El totalitarismo: trayectoria de una idea límite
Nancy Fraser Escalas de justicia
Roberto Esposito Comunidad, inmunidad y biopolítica
Fernando Broncano La melancolía del ciborg
Carlos Pereda Sobre la confianza
Richard Bernstein Filosofía y democracia: John Dewey
Amelia Valcárcel La memoria y el perdón
Judith Shklar Los rostros de la injusticia
Victoria Camps El gobierno de las emociones
Manuel Cruz (ed.) Las personas del verbo (filosófico)

Manuel Cruz (ed.)

Las personas del verbo (filosófico)

Herder



UNIVERSITAT DE BARCELONA



Cátedra de
filosofía
contemporánea

El presente volumen ha sido realizado en el marco de las actividades del Proyecto de Investigación FFI2009-08557/FISO, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, y ha contado con una ayuda de la Facultad de Filosofía de la Universitat de Barcelona.

Diseño de la cubierta: Claudio Bado

© 2011, los autores

© 2011, Herder Editorial, S. L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-2785-5

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del Copyright está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Reinbook

Depósito legal: B-20.372-2011

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

Nota previa

Sobre la dificultad de ser contemporáneos del presente [Manuel Cruz]	9
---	---

YO

Entre el descrédito y la rehabilitación del yo [Fina Birulés]	15
--	----

TÚ

Aprender a no saber [Laura Llevadot]	31
--	----

ÉL

En extraña compañía: la tercera persona y las filosofías de lo impersonal [Alicia García Ruiz]	71
---	----

NOSOTROS

La pregunta por un mundo común [Marina Garcés] ...	105
--	-----

VOSOTROS

De olvidos plurales [Àngela Lorena Fuster Peiró]	127
--	-----

ELLOS

Pensar la tierra de nadie [David Gràcia Albareda] 157

Epílogo

El dominio de los pronombres [Santiago López Petit] ... 187

Nota sobre los colaboradores 201

Nota previa

Sobre la dificultad de ser
contemporáneos del presente

Manuel Cruz

Cuando, allá por 1993, se publicó el volumen colectivo *Individuo, Modernidad, Historia*,¹ las primeras palabras con las que se tropezaba el lector al adentrarse en la introducción eran las siguientes: «El presente volumen tiene mucho de carta de presentación de un grupo y de sus actividades». Desde aquella lejana fecha —que vino a constituir algo así como un pistoletazo de salida público—, dicho grupo, organizado alrededor de un *núcleo duro* —o trinidad nada santísima, dicho sea con un pequeño toque de irreverencia— formado por Fina Birulés, Santiago López Petit y quien esto firma, no ha dejado de desarrollar un trabajo tanto de investigación en sentido propio como de organización de actividades relacionadas con el pensamiento, y de difusión de las mismas, de la que constituyen una buena prueba los diferentes textos que, en tanto que grupo, han ido apareciendo.

Volúmenes colectivos como *Tiempo de subjetividad*, *El reparto de la acción* o *Hacia dónde va el pasado*,² además de acreditar el

1. Cruz, Manuel (ed.), *Individuo, Modernidad, Historia*, Madrid, Tecnos, 1993.

2. Id., *Tiempo de subjetividad*, Barcelona, Paidós, 1996; Cruz, M. y Rodríguez Aramayo, R. (eds.), *El reparto de la acción*, Madrid, Trotta, 1999; Cruz, M. (ed.), *Hacia dónde va el pasado*, Barcelona, Paidós, 2002.

dinamismo del equipo, informan de la evolución de sus preocupaciones, que, de una inicial atención a los temas relacionados con la actualidad de la filosofía de la historia, fueron derivando a un interés por cuestiones más directamente relacionadas con la acción humana, como es la de la responsabilidad, examinada sobre todo desde la perspectiva de su relación con la identidad. Hija de estas dos preocupaciones iniciales puede considerarse la línea de reflexión centrada en la pareja conceptual memoria/olvido, que ocupó durante un tiempo los trabajos del grupo precisamente en la medida en que, a juicio de sus miembros, constituía un territorio teórico privilegiado en el que plantear las políticas de la subjetividad hegemónicas en el mundo contemporáneo.

Esta misma atención al presente guió la siguiente fase de trabajo del grupo, centrada en el problema de la experiencia de lo universal en el mundo contemporáneo (con especial atención a las cuestiones relacionadas con los conceptos de exclusión y de pertenencia), y explica, asimismo, los temas en los que en la actualidad se encuentra trabajando, que se dejan subsumir bajo el rubro del *horizonte de lo común*. En cierto sentido, este ámbito teórico constituye la desembocadura de todo lo precedente. Y no porque, con efectos retroactivos, se quiera proyectar sentido, dirección o teleología sobre todo el proceso en busca de alguna variante de *final feliz* filosófico o de apoteosis de la coherencia discursiva, sino porque las coordenadas en las que, de manera explícita, se propone situar la reflexión en esta última etapa (esto es, entre una subjetividad no personal y una comunidad no identitaria) recogen, de manera bastante fiel, lo pensado a lo largo de todos estos años.

Ello no significa, claro está, que la trayectoria individual de cada uno de los miembros del equipo se identifique por completo con el dibujo recién presentado, que es un dibujo que en modo alguno prefigura un perfil filosófico determinado. Repárese en que lo que se han señalado como hitos o

momentos significativos en la evolución del grupo han sido, en lo fundamental, ámbitos o territorios teóricos extremadamente problemáticos, en cuyo interior caben diversas ubicaciones, siendo su virtud precisamente la de expresar de manera privilegiada las tensiones del presente, las líneas de fuerza que lo atraviesan y conforman.

Probablemente, si algún acierto o mérito quepa atribuir a quienes hemos venido trabajando juntos durante dos décadas (e incluyo aquí tanto a quienes estuvieron con nosotros en el pasado como a los recién incorporados), sea el de haber intentado seleccionar con la mayor inteligencia y la mayor sensibilidad de que hemos sido capaces esos espacios de confrontación en los que hacer valer las propias perspectivas, intentando mejorarlas, hacerlas crecer, a base de correr el riesgo de someterlas al dictamen crítico del resto de los miembros del grupo, en un primer momento, y de la comunidad filosófica (cuando las hemos convertido en libro), en un segundo.

Esta misma actitud es la que anima el texto que tiene el lector en este momento en sus manos. Creo que ya lo he dicho en alguna otra ocasión: nunca he visto clara esa costumbre (por lo demás, tan extendida) de resumir en las introducciones de los volúmenes colectivos el contenido de las distintas aportaciones que vienen a continuación. Siempre he pensado, más bien, que en el mejor de los casos (esto es, en el de que el resumen sea fiel) la única función que puede cumplir dicho resumen es la de disuadir al lector de proseguir con la lectura, objetivo que no termino de considerar deseable. Si acaso, valdrá la pena insistir en un aspecto relacionado más bien con la naturaleza de la investigación que el grupo tiene en curso. Las diferentes personas del verbo aquí planteadas son, en definitiva, diferentes miradas o perspectivas sobre lo mismo. No se trata tanto de desarrollar discursos autorreflexivos acerca de las características de cada una de esas instancias (aunque, inevitablemente, algo haya que

decir), como de mostrar *cómo se ve el mundo* –el mundo común, el mundo compartido, el mundo de todos– desde cada uno de esos lugares.

En alguna ocasión también he escrito que no es fácil ser contemporáneo del presente (que nadie me malinterprete: no me cito a mí mismo como si fuera un clásico vivo, sino para advertir al lector de que me estoy repitiendo). El rótulo *pensamiento contemporáneo* (o *filosofía contemporánea*) es goloso, sin duda. Hoy intentan atribuírselo especialmente aquellos que tienen más severas deudas con el pasado, confiando –muchos de ellos no pueden ocultar la tradición de pensamiento mágico-religioso de la que proceden– en que *el nombre haga la cosa*, y que –viejo ejercicio de logomaquia– baste con reclamarse de un periodo para estar a la altura del mismo. Pero, ay, si algún asunto no es cosa de meras palabras es precisamente este, por más que tales palabras puedan venir sancionadas por una oficina, un negociado o incluso un departamento de prensa editorial.

Contemporáneo designa una tarea, implica un desafío, que incluso va más allá del esfuerzo –nada menor, por cierto– por hacer inteligible el presente: convoca a hacerlo habitable.³ De la única forma que el pensamiento es capaz de hacerlo, esto es, produciendo más pensamiento, dando que pensar, cuestionando lo existente, revelando su contingencia. Dejándonos, en definitiva, ante el ineludible reto de explicitar –y decidir– qué queremos hacer con (y en) este mundo. Esto es lo que una y otra vez escamotean esos nuevos *contemporáneos del pasado* (como *ideólogos*, sin duda, se les hubiera definido cuando el término *ideología* todavía era de curso legal) que intentan quedarse con el santo y la limosna de todo lo que hoy estamos en condiciones de pensar.

3. Véase Agamben, Giorgio, *Què vol dir ser contemporani?*, Barcelona, Arcàdia, 2008.

Que nadie piense que lo anterior constituye una especie de atribución de intenciones *al bulto*, de imposible especificación. Más bien al contrario, cuesta poco señalar las formas concretas que adopta esta paulina conversión de algunos a la contemporaneidad. Al igual que el reloj parado, que dos veces al día da bien la hora, los personajes a los que me vengo refiriendo (y los denomino así porque, además de ser personas concretas, tienen algo de *tipos ideales* weberianos) se han encontrado con el inesperado regalo de que algunas de sus posiciones de siempre parecen haber mutado de signo, resultando susceptibles de ser interpretadas, por arte de birlibirloque, como especialmente adecuadas al momento actual: fueron anticomunistas, de matriz inequívocamente conservadora, en el pasado y mantener esa misma actitud ahora —hundimiento del socialismo real mediante— puede hasta llegar a resultar de buen tono en determinados ambientes, incluidos algunos sedicentemente progresistas; abrazaban en su momento, con pío entusiasmo, la identificación entre Estado y una determinada confesión religiosa y hoy se suman con el mismo entusiasmo —aunque con la piedad a buen recaudo— a la crítica a lo que les encanta denominar *laicismo trasnochado*, y así sucesivamente.

Si en su momento pudo señalarse que el ocaso de la idea de futuro había convertido el pasado en el territorio de un conflicto (en muchos casos, en el nuevo territorio de la política), en estos momentos convendría reconsiderar esa formulación y señalar que tal vez hoy el territorio privilegiado del conflicto sea la idea misma de contemporaneidad. Sin duda estamos asistiendo a una proliferación de discursos que, utilizando una clave supuestamente ético-humanista (*los valores* —sin especificar nunca cuáles, por cierto— parecen haberse convertido en el último gran negocio relacionado con las ideas en estos tiempos de *inquietante posmodernidad*, por decirlo a la manera de Ratzinger), persigue restaurar, maquillándolo apenas levemente, un discurso de raíces profundamente religiosas.

En realidad, estábamos advertidos. Quienes buscan imponer su relectura del pasado lo hacen siempre, por definición, mirando de reojo al presente, esperando que la nueva legitimación obtenida de su revisión les permita, por fin, el asalto de una contemporaneidad que les había sido reiteradamente negada. Pero no podemos hacer como si nada hubiera pasado en materia de pensamiento. El rancio humanismo todavía vigente en el sentido común de nuestra época representa algo distinto a lo que nombra, se nos enseñó hace ya mucho (y se nos indicó muy claramente las oscuridades que de verdad representaba). Hay un pasado que se expande y crece adentrándose en el presente, aspirando a ocupar por completo su espacio, tutelando todas sus representaciones. De ese pasado hay que defenderse. O, cuanto menos, no queda otra que intentar resistirse a él. Con las modestas armas que nos han sido dadas. Intentando pensar, a sabiendas de que pensar es siempre pensar desde algún sitio —pluralidad de puntos de vista que, en el caso concreto del presente volumen, hemos intentado explorar analizando las diversas personas de (nuestro) verbo—. Tal vez sea una desequilibrada pretensión, pero es mucho lo que está en juego. Se trata de no dar por perdida completamente esa pequeña ilusión en la que se juega nuestra supervivencia, a saber, la de que lo que hay no es del todo una condena, sino más bien una desafortunada contingencia.

Barcelona, noviembre de 2010

Yo Entre el descrédito y la rehabilitación del yo

Fina Birulés

El otro de los otros soy yo.

CLARICE LISPECTOR

Poner en cuestión el privilegio epistemológico de la primera persona del singular ha sido una de las características de la filosofía contemporánea. Con matices y orientaciones diversas, el rechazo de lo que hace años Richard Bernstein¹ denominó *la ansiedad cartesiana* —la aspiración a encontrar fundamentos universalmente válidos para el pensar filosófico, el conocimiento y el razonamiento moral y que Descartes había situado en la certeza del yo—² ha vertebrado buena parte de las reflexiones de las diversas corrientes de pensamiento desde la década de los sesenta. El yo como verdad primera y mejor conocida —dada su indubitabilidad— había sido planteado como el punto de apoyo firme e inmóvil que requería Arquímedes, pero basta recordar cómo en las últimas décadas del siglo xx el giro lingüístico y el giro pragmático supusieron un énfasis en la contingencia y en la historicidad de cualquier

1. Bernstein, Richard, *Beyond Objectivism and Relativism*, Oxford, Basil Blackwell, 1985.

2. En este punto, y siguiendo a Bernstein, obviamos la cuestión de si el punto de Arquímedes en Descartes es el *cogito* o Dios.

criterio o fundamento. En este contexto, las desautorizaciones del *yo* desencarnado, autosuficiente y con un conocimiento inmediato de sí, se han ido sucediendo, sea al enfatizar su carácter descentrado, a través de su *deconstrucción*, sea al poner el acento en su carácter social o culturalmente construido. El *yo* ya no se nos presenta como constituyente, sino como constituido, de modo que solo tiene un acceso indirecto y limitado a sí mismo, pues no puede descubrirse más que por la mediación de lo otro que le constituye. Así pues, se encuentra lejos de ser, como sugería Descartes, el primer principio de la filosofía.

El objeto de estas páginas es levantar acta de cómo, en la actualidad, estamos asistiendo a un *giro subjetivo*, es decir, a una cierta rehabilitación del *yo* y aparentemente de su privilegio epistemológico, pues hoy de nuevo, en terrenos diversos, se parte de la certeza, de la indubitabilidad, con la que se presentan las vivencias subjetivas como fundamento.³ Como si el lugar del sentido de las acciones radicara en las vivencias del sujeto y, por tanto, bastase con hacerlas aflorar para acceder a vías inéditas y seguras de conocimiento. Puede resultar sorprendente este renovado acento en el *yo*, dadas las críticas que el moderno *yo* ha sufrido. De hecho, ya nadie considera que el significado de una experiencia sea transparente, inmediato o neutral teóricamente y, en principio, sabemos que, si bien todos los hechos están cargados teóricamente, ello no significa que todo lo que hay sea teoría.

Cabría considerar que todo ello está vinculado, en primer lugar, a la emergencia de nuevas formas de historiografía como, por ejemplo, la historia oral que inició su andadura después de la Segunda Guerra Mundial y que recibió su mayor impulso en las décadas de los sesenta y los setenta. A partir de la

3. Véase Sarlo, Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

nueva historia social o «historia desde abajo», la historia oral devino el principal medio para el registro de las experiencias vividas por los sectores marginales de los que solo existían narraciones producidas por las élites.⁴ En segundo lugar, el giro subjetivo puede ser un resultado paradójico del reciente auge del constructivismo. En las últimas décadas, y dado sus efectos políticamente liberadores, hemos visto cómo el énfasis en el carácter social y culturalmente construido ha sido uno de los lugares comunes —basta pensar en la categoría «género»— que han permitido dejar de considerar como inevitables o naturales algunas diferencias. De hecho, cabe observar que, ya en la filosofía moderna desde Kant, hallamos muchos debates que pueden inducir a hablar de la construcción del yo o de su carácter de función de la interacción, el condicionamiento social y el comportamiento elegido. Pero lo que aquí nos interesa es cómo la insistencia en que una gran parte (o la totalidad) de nuestra experiencia vivida y del mundo que habitamos tiene que ser considerada como socialmente construida⁵ se ha ido transformando en un *creacionismo secular*⁶ que todo lo abarca: como si el yo —y, en general, el ser humano— fuera fuente y origen de todo sentido y valor en el mundo, de modo que paradójicamente se deja a la primera persona del singular con una sensación de poder y libertad sin límites en cuanto a constructora. A algo parecido apuntaba hace ya más de una década Charles Taylor, en una conversación con Ger Groot,⁷

4. Mudrovcic, María Inés, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 2005, pág. 113.

5. Hacking, Ian, *¿La construcción social de qué?*, Barcelona, Paidós, 2001, págs. 25 y sigs.

6. Como lo ha denominado con acierto Dominick LaCapra en su *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*, Buenos Aires, FCE, 2006, pág. 61.

7. «El arte de la inseguridad», en Groot, Ger, *Adelante, ¡contradígame!* *Filosofía en conversación*, Madrid, Sequitur, 2008, pág. 250.